

PANEGYRICO
DE SAN CARLOS
BORROMEIO,

PREDICADO EN LA IGLESIA
de Santiago, junto á la Carnecería, año
de 1684.

*Suscitabo super oves meas pastorem unum,
qui pascat eas.*

Yo suscitaré, para conducir mis ovejas, un
Pastor, que las apaciente: *Dice el Profe-
ta Ezequiel, cap. 34. v. 23.*



En este modo hablaba Dios por la boca
de uno de sus Prophetas en un
tiempo, en que el temor del Se-
ñor, y el zelo de la Ley de Dios
estaban casi enteramente borrados
en el corazón de aquellos, á quie-
nes havia encargado la conducta
de su Pueblo. *Ay de aquellos
Pastores (decia) que abandonan sus ovejas, que se
alimentan de su leche, que se cubren, y se visten con el
vellon de su lana, que escogen para sí lo mejor, y lo
mas*

*mas gordo, que hay en el rebaño; y que destinados á
un ministerio publico, no buscan sino su proprio interés!
Ay de aquellos, que no defienden á los debiles, que no
curan, y vizman lo que se ha quebrado, que no bus-
can las ovejas, que se han perdido, y que llegan á ser
los tyranos de aquellos, de quienes debian ser Padres!
Pero del medio de estas amenazas, ó anathemas se levan-
ta una voz de dulzura, y de esperanza, que dice: Yo me
estoy preparando un Siervo fiel, y sacaré del seno de
mi providencia un hombre, que reformará estos abu-
sos, y que proveerá á todas las necesidades de mi Pueblo.*

¿No os parece, Señores, que esta Prophecía se ha
cumplido en estos ultimos tiempos, y que Dios, para
quien todo es claro, á quien todo está presente, y que pe-
netra la obscuridad de los siglos con un rayo de su eter-
na luz, ha querido representarnos á este piadoso, y ca-
ritativo Pastor, á quien destinaba para Reformador, y
apoyo de su Iglesia? En un tiempo, en que la caridad no
solamente de muchos, sino de todos estaba resfriada: En
un tiempo, en que el hijo del hombre no huviera hallado
fé en Israel: En que las obligaciones de la piedad Chris-
tiana estaban abolidas, ó despreciadas: En que los vicios
havian llegado á ser las costumbres de los Christianos; y
en que afligida la Iglesia, no podia ya mas sufrir sus ma-
les, y no se atrevia á esperar los remedios: En un tiempo,
en que los Pueblos desfallecian por falta de instrucciones,
y de buenos exemplos: En que los Obispos no conserva-
ban de todas sus funciones, sino la fiereza del mando, y
del imperio; y en que las recién nacidas heregías se justi-
ficaban por la corrupcion del Clero, y por los desórdenes
de los Eclesiasticos, y pasaban del menosprecio de los Sa-
cerdotes de Jesu-Christo al desprecio de su Sacerdocio.

Entonces fue, quando el Cielo hizo nacer á San Car-
los, para bolver á encender el fuego del Santuario, para
poner otra vez en su vigor la Ley de Dios, y para reno-
var su alianza con su Pueblo. Dejose ver en él todo

quanto la Iglesia tiene de grande: Dignidad de Arzobispo, y de Cardenal: Autoridad del Soberano Pontifice Pio IV. su tio, empleos, comisiones, honores, y administraciones de negocios. Vióse en él todo, quanto la Iglesia tiene de Santo: Eminencia de piedad, ardor de zelo Apostolico, y austeridad de vida penitente. Espiritu Santo, que formabais en su corazon aquellos nobles movimientos de una caridad vigilante, ingeniosa, y liberal: Vos, que poniais sobre sus labios aquellas palabras de espiritu, y de vida, que llevaban à lo interior del alma sinceros deseos de conversion, y de penitencia: Vos, que ablandabais à su presencia las durezas de los corazones obstinados, y que humillabais las altiveces de los espiritus soberbios: Vos, que le inspirabais los medios, de que se sirvió, para retocar, y renovar la imagen de la disciplina Christiana semejante à la que havia sido en otro tiempo trazada por la palabra viva, y eficaz de Dios en vuestra primitiva Iglesia: Haced, que siendo yo mismo tocado, y convencido de la relacion, que estoy haciendo de tantas virtudes, excite en mis oyentes un santo fervor, que los haga llegar à imitar tan grandes exemplos. Esto es lo que os pido por la intercesion de Maria; diciendola:

AVE MARIA.

TODO Sacerdote, dicen los Padres, es hecho para el Pueblo. *Todo Pontifice*, (dice el Apostol (a)) *haviendo sido tomado, y elegido de entre los hombres, está puesto para utilidad de los mismos hombres, à fin de conducirlos à Dios*, mostrandoles por sus acciones el camino de la salvacion, si se apartan de él; enseñandoles sus

(a) *Omnis namque Pontifex ex hominibus assumptus, pro hominibus constituitur in his, que sunt ad Deum.*
Hebr. 5. v. 1.

sus obligaciones, si las ignoran; instruyendolos en el modo de socorrer à sus hermanos, si los abandonan. Y asi es necesario, que un Pastor Evangelico tenga estas tres qualidades esenciales à su ministerio. Es à saber: *Una vida pura; una sana doctrina; y una caridad fervorosa.* Pero ¿qué Santo poseyó jamás estas qualidades con mayor lustre, y perfeccion, que San Carlos? Miróse por su elevacion, y su dignidad como el modelo de los otros: Consideróse por su dignidad, como el Doctor, y el Maestro de los ignorantes: Contemplóse por sus riquezas, como el padre de los pobres; y para reducir todo mi intento, y todo el caracter de San Carlos à pocas palabras,

Divisione { *I. Edificó à su Pueblo por sus exemplos,*
II. Lo reformó por su instrucciones,
III. Lo socorrió con sus limosnas.

Ved aqui todo el plan, y el asunto de este discurso, si me honrais con vuestra atencion.

PRIMERA PARTE.

NO sin razon pedia el Apostol S. Pablo en los Obispos llamados al gobierno de la Iglesia de Dios, por primera, y mas necesaria qualidad, la de *ser irreprehensibles;* (a) y los Sagrados Canones prohibian ordenar à aquellos, que por algun pecado publico, ó por un habito, y serie de mala vida havian escandalizado à sus Hermanos, por mas deseo, que tuviesen de trabajar en su salvacion, y en la conversion de los otros. Querian, que la inocencia fuese el escalon, para subir al Obispado. Temian, que la me-

(a) *Oportet ergo Episcopum irreprehensibilem esse.*
1. Thim. 3. v. 2.

memoria, y el conocimiento de las flaquezas de los superiores disminuyese el respeto, que se debe tener à la dignidad, y à la persona. No creían, que tuviesen toda la libertad necesaria, para reprehender à los que cayesen en los mismos defectos, que ellos havian cometido; y estaban convencidos, à que Dios no sufria cerca de sus Altares, ni vida impura, ni reputacion manchada; y que para servir dignamente à la Iglesia, era necesario, que cada uno, segun su estado la huviese antes edificado en alguna manera.

Pues esto es lo que San Carlos ha observado exactamente. La sabiduría, la modestia, y la religion parecian naturales en él. Hacer Capillas, componer Altares, cantar los Canticos del Señor, imitar las ceremonias del Santo Sacrificio de la Misa, eran las diversiones de su Niñez, y los presagios de su piedad. Fueron sus primeros proyectos, disponer asuntos de orden, y de disciplina; y muchas veces se le oyó decir en medio de los inocentes juegos de la infancia: *Mando yo; yo arreglo; yo reformo el Mundo.* ¡O quanta verdad es lo que el Sabio nos enseña, que se conocen los progresos, que ha de hacer el hombre, por las inclinaciones de su niñez! (a) Y quan facil era el conjeturar, que se formaba en él un espíritu noble, capaz de poseer algun dia aquel talento, que se le vió exercer despues, de dár Leyes, de reformar el Clero; de contener la licencia, y la iniquidad; de prescribir límites à las jurisdicciones; de ser el arbitro de los Soberanos en sus diferencias; y de establecer por todas partes la justicia, y la disciplina.

Resuélvese à servir al Altar, y se prepara para ello por medio de los Sacramentos, que son las fuentes salu-

(a) *Ex studijs suis intelligitur puer.* Prov. 20.
v. 11.

dables de las consolaciones de su alma; por la oracion, donde recibe las luces de la verdad; por una pureza probada con las tentaciones de la juventud, y de los primeros hervores de la sangre; por una inclinacion inviolable à las Leyes de la Iglesia; y por una caridad liberal para con los Pobres. Apenas salió de su niñez, quando por una depravada costumbre del siglo se halla cargado de una Abadía, y llega el mismo à ser Administrador de Rentas Eclesiasticas. ¡Con qué gravedad no advierte el à su padre, que no era licito emplear un bien sagrado en usos profanos! ¡Que las riquezas de la Iglesia no debian entrar en la herencia de una familia! ¡Que no era permitido levantar su casa sobre las ruinas del Santuario, y enriquecer sus hijos con los hurtos, que hacen à los pobres!

A vosotros es à quienes yo dirijo este discurso, padres ambiciosos, y avarientos, que por vuestros intereses, y por vuestros negocios procurais beneficios para vuestros hijos, quando apenas tienen uso de razon; que mirais una Abadía, no como una carga grande, sino como una fortuna domestica; que poneis la mano, y la meteis en aquel Sagrado fondo, ó deposito, de donde os parece, que podeis sacar con que mantener vuestro fausto, vuestro juego, y vuestros placeres; que haceis servir el patrimonio de Jesu-Christo à el luxo de vuestras mugeres, y de vuestras hijas orgullosas; que manteneis la ambicion, y la vanidad, y acaso los excesos de vuestros primogenitos, con los ahorros, y economías, y con los beneficios de vuestros hijos menores, y que abusais de los bienes de los pobres, hasta que vuestros hijos esten en edad de impedirlos, quizá por el abuso, que hagan ellos por sí mismos.

¡Con qué sabiduría, y prudencia no manejó San Carlos esta primera renta, que poseía! No permite, que sea confundida con la renta, y hacienda de su padre; no puede

resolverse á confiarla en manos ajenas; aunque fieles; y como ha de ser responsable á ella, quiere él mismo ser el dispensador. Pero á mas se estiende su exactitud. Considera sus obligaciones, y no cree haverse descargado de ellas, con llevar en sus vestidos algunas señales de su profesion; con rezar simplemente algunas tibias oraciones; y entrometerse despues en todas las conversaciones mundanas; y con percibir todos los años las rentas de sus beneficios. Exercitase en las virtudes, y las funciones de su orden, y obliga por sus discursos, y por sus exemplos á sus Religiosos á reformarse, y á vivir en el rigor de su instituto. Dale su virtud, á falta de su edad, toda la autoridad, que necesita para instruir, y niño como es, enseña á los viejos la perfeccion de la vida Monastica.

Tal era la disposicion de su alma, quando de repente le puso Dios á una prueba capaz de trastornar una tierna virtud, y de hacer titubear á la mas firme constancia. ¿Qué os imagináis vosotros, Señores, que sería? ¿Alguna revolucion de la fortuna? Tiene él á Dios, y ninguna accidente le puede abatir. ¿La muerte de un Padre? El Sabio en sus dolores no se aflige con exceso, como hacen los que no tienen esperanza? ¿Los tiros de una sangrienta maledicencia? Yá sabe él, que los que viven santamente en Jesu-Christo, están expuestos á este genero de persecuciones, y de sufrimientos. ¿Alguna enfermedad, que le oprime, y le tiraniza? La imagen de Jesu-Christo patente, que continuamente tiene delante de sus ojos, sostiene, y fortifica su paciencia en los mayores males. ¿Pues qual puede ser esta prueba, á la que tan difícil se le hace el resistir? La prosperidad es quien le aflige. Hallase casi á un mismo tiempo, Cardenal, Arzobispo, primer oficial de la Santa Silla, segunda cabeza del Mundo Christiano, y por decirlo todo en una palabra, sobrino de un Papa.

No es mi animo alabar aqui aquellas elecciones inspiradas por la carne, y la sangre, y no por el Padre Celestial. Bastante ha tenido, que gemir la Iglesia, bajo esta pernicio-

cosa costumbre; y bastantes Cabezas de la Iglesia se han visto cuidadosas, mas de engrandecer su familia, que de estender el Reyno de Jesu-Christo; hacer sentar á sus sobrinos á la diestra de la Santa Silla, sin examinar su vocacion, ni su merito; darles en presa las riquezas de la Iglesia, y afanarse mas por hacerlos herederos de sus bienes, y de su grandeza, que sucesores de su Sacerdocio. No tememos nosotros decir esto en tiempo de un Pontifice, (a) en quien la gracia ahoga los sentimientos de la naturaleza, que á exemplo de Jesu-Christo, no reconoce por parientes, sino á los que hacen la voluntad de su Padre; que no tiene por casa, sino á la Iglesia, que Dios le ha confiado, y que no emplea los thesoros, que Jesu-Christo le ha confiado, sino para gloria de su nombre, y para la defensa de su Imperio.

Pero por intereses de sangre, y de parentesco, que huviese podido haver en la elevacion de San Carlos, aquellas rentas, y aquellas dignidades que recibia, recaian sobre la virtud, y sobre el merito. La providencia de Dios se servía de la ambicion de los hombres, para el cumplimiento de sus designios; y aquel Joven Prelado, rectificando por su piedad, lo que havia de humano en los proyectos, y en los afectos de sus Parientes, hacía por el buen uso de las gracias, que havia recibido, que se les disimulase la precipitacion, con que se le havia colocado en ellas.

Representaos vosotros á un Joven de veinte años, en medio de las vanidades, y de las delicias; renunciandolas valerosamente en una edad, en que las pasiones se desmandan, y se excitan incesantemente por la inclinacion, junto con la facilidad de satisfacerlas; en una Corte,

(a) Inocencio XI.

donde se havian introducido, la pompa, la vanidad, y toda la disolucion de las Cortes seculares; en un siglo, en que el vicio havia perdido la cobardia, y la verguenza, que es natural en él; y en el que la virtud pasaba por preocupacion, y por pusilanimidad; en una fortuna, donde huviera hallado bastantes aduladores, y aprobantes de sus propios vicios; bajo el gobierno de un Papa, que le amaba tiernamente, y que ocupado todo de la gloria de su casa, pensaba mas en hacerle grande, que en hacerle santo; y no obstante, lleno del Espiritu de Dios, y fortificado por su gracia, conservar la moderacion en su juventud, la humildad en las alabanzas, la austeridad en las delicias, la piedad, y el afecto à la oracion en el embarazo de la Corte, y la confusion de los negocios, el menosprecio, y la aversion del Mundo entre todo, lo que le puede hacer agradable à los que le aman.

Dios le salva por aquellos mismos caminos, por los quales la mayor parte de los hombres se pierden. Hay virtudes tan delicadas, que no se pueden conservar, sino por las desgracias; humildades, que se perderian, si no fuesen humilladas; regularidades, que se apartarian de el camino recto, si Dios no las pusiese una como muralla, ó seto de espinas, para contenerlas en sus limites; misericordias, que se endurecerian, si no fuesen enternecidas, y ablandadas por la memoria de algunas miserias. En la adversidad el alma enteramente se reune, y se recoge dentro de sí; buscase en la piedad consuelos, que no se podrian hallar en otra parte; y se tiene recurso à Dios por necesidad, quando uno se ha disgustado del Mundo. Pero hay tambien virtudes fuertes, à quienes pone Dios en las ocasiones; que se elevan por sus mismos contrarios; que plantan la Cruz de Jesu-Christo en los lugares mismos, en que el Mundo siembra sus flores. El alma en la prosperidad se halla distraida, y dissipada por los objetos; el espiritu, y el corazon ordinariamente se corrompen; y es

como un prodigio de la gracia, (a) el que se conserve en ella la sabiduria, la prudencia, y la humildad. De este modo la grandeza de este Joven Prelado no hace sino aumentar en él el ardiente deseo, que tiene de servir à la Iglesia.

Quando le llevan la nueva de la exaltacion de su Tio al Pontificado, ¿os parece, que dá señales de una vana, è indiscreta alegria? ¿Sale à recoger las aclamaciones, y las alabanzas de el Pueblo? ¿Se deja preocupar su espiritu de ideas agradables de fortuna? ¿Corre por ventura à Roma à establecerse cerca de la Santa Silla, y tomar posesion del credito, y valimiento, que debia tener? No por cierto: Retirase dentro de sí mismo; recurre à los Sacramentos; corre à echarse à los pies de Jesu-Christo humillado en la Eucaristia: Allí es, donde fortifica su espiritu contra las tentaciones del orgullo, y las adulaciones del Mundo. Allí es, donde toma fuerzas, para resistir al torrente de la costumbre: Allí es, donde recoge las gracias, que le sostienen contra el esplendor de los honores, y contra los encantos del deleyte, y de la gloria, que huvieran podido engañarle. ¿Y qual fue su desinterés, y desapego, quando por no retener nada, que oliese à Mundo, deja hasta el nombre, y armas de su casa? Armas que se han puesto sobre los frontispicios de los Palacios, que se han hecho gravar sobre los metales mas preciosos, que se han colocado hasta sobre los Altares, y sobre los tabernaculos de Dios vivo, para consagrar la vanidad, y para eternizar la memoria de los hombres. ¿Qual fue su constancia en la muerte del Conde Federico su hermano, quando brindado por todas aquellas razones, que la sangre, y la naturaleza pueden inspirar à procurar la sucesion, y gozar de las

(a) *Tanquam prodigium factus sum multis, & tu adjutor fortis. Psalm. 70. v. 7.*

las esperanzas de una casa , cuya cabeza havia llegado à ser y à la que podia elevar mas por algun illustre Matrimonio, y enlace ; al punto se hizo ordenar de Sacerdote, para imponerse una dichosa necesidad de no poder pertenecer sino à Dios, y recibió por medio de sus ordenes el espiritu del Sacerdocio de Jesu-Christo, que es un espiritu de muerte, y crucifixion al Mundo.

Pero, ¿y qué reflexiones no hizo sobre las dignidades, de que se halló provisto casi contra su voluntad, y á pesar suyo? Si exerce el oficio de Penitenciario mayor, ¿juzga, que estando encargado de los pecados de otros, lo debia estar menos de los suyos propios? Antes cree, que siendo propuesto para la administracion de la Penitencia, debia començar á condenarse á ella á si mismo ; y que sobre aquel mismo tribunal, donde él juzgaba á los pecadores, debia ser su propio Juez. Si es Cardenal, considera esta dignidad como una obligacion, que pide tener un zelo de Apostol ; no como una ocasion de presentarse con una magnificencia de Principe. Considera en aquella Purpura, no lo que tiene de comun con la de los Reyes; y Emperadores, sino lo que tiene de particular con la de Jesu-Christo. Aquel color de sangre le advierte deber estar siempre dispuesto á morir por la causa de Dios, ó á lo menos á caminar con mayor constancia, que los demás hombres, por las sangrientas huellas de la Pasion de su Maestro. Si se ve el privado, y el valido del Padre Santo, emplea todo su credito en proteger la virtud oprimida, en poner sobre el candelero el merito desconocido, ó despreciado ; en solicitar la reforma de las costumbres, y la conclusion del Concilio de Trento, cuyas reglas, y constituciones observaba con anticipacion.

¿Quien no sabe las dificultades, y los obstaculos, que impidieron el curso del Concilio? Los intereses de los Reyes, de los Emperadores, de los Papas mismos, los artificios, y las tramas de los Hereges ; los zelos de auto-

ridad inevitables en el concurso de tantas Potencias ; la prudencia de la carne, que está opuesta á la sabiduria, y prudencia de Dios ; el temor, que tenian los Grandes de verse reducidos á la ley, y á la disciplina ; la guerra encendida entre los Principes Christianos ; todo esto havia retardado las decisiones de aquella Santa Asambléa. Pero Dios, que se sirve de los consejos de la politica, de las ambiciones, de los partidos, de las pasiones, y de los enredos, como de otros tantos resortes ocultos, y secretos, para executar los designios de su eterna providencia, permitia estas interrupciones, y estas demóras, para dirigir este Concilio, y hacer que sirviese con mayor felicidad á su fin, haciendole revivir, y como resucitar en el tiempo de San Carlos, para que el Mundo Christiano tuviese à un tiempo, asi la idéa, como la práctica de la reforma.

Congregados, pues, los Padres en Trento, bajo las ordenes del Soberano Pontifice, daban reglas para bien vivir, y San Carlos en Roma, y en Milán daba exemplos de una santa vida. Mientras aquellos desde alli daban lecciones de reforma á los que querian abrazarla ; este Prelado, reformandose él mismo, quitaba todos los pretextos á los que la reusaban : Los unos mostraban, que era justo ; y el otro hacia ver, que era posible el vivir en la severidad de las disposiciones Canonicas. El Concilio combatía la Heregía, y la depravacion de las costumbres por sus decisiones, y por sus Cánones : San Carlos la combatía por sus ayunos, por sus oraciones, y por el exemplo de una vida penitente, y austera : Haviale Dios elevado como una guía, ó señal para todos los que querian seguir la reforma de sus costumbres, y de este modo la propuso á su Pueblo por sus instrucciones.

SEGUNDA PARTE.

ASI como la gloria, y la belleza de la Iglesia consiste en el orden, y en la disciplina de las costumbres de los fieles, así tambien la principal función de los que la gobiernan consiste en conducir á los Christianos á la observancia de la Ley de Dios, y á la práctica del Evangelio. Pero como la correccion, y la censura suponen la instruccion, y la doctrina, es necesario, que el hombre Apostolico tenga el espíritu ilustrado, y que él illustre al espíritu de los otros; que esté lleno de las verdades, que ha de anunciar, y que para destruir la impiedad, disipe antes la ignorancia.

Esta fue toda la aplicacion de San Carlos. Luego que Dios le llamó al gobierno de la Diocesis de Milán, consideró bien sus obligaciones, y resolvió cumplirlas; recibió la dignidad, y no se deslumbró con su resplandor; vió el trabajo, y no se desmayó. Hacía ya mucho tiempo que aquella parte de la Italia era el teatro de una guerra sangrienta, y porfiada, entre dos Principes igualmente poderosos, y ambiciosos, que arrastraban toda la Europa á sus dos partidos, y que tan presto vencedores como vencidos, havian assolado esta desgraciada Provincia, que no solamente havia sufrido todos los males, que produce la guerra, sino que tambien havia tomado todos los vicios de las naciones, que se la hacian. Haviase derramado por ella todo quanto las armas tienen de cruel, de injusto, y de violento; y los malos exemplos de los Soldados havian llegado á ser las costumbres de los Ciudadanos. Yá no havia en ella equidad en los juicios, buena fé en el comercio, fidelidad en los Matrimonios, concordia entre los habitantes, amistad entre los vecinos, respeto á las leyes, poco conocimiento de la Religion, y casi nada de práctica de piedad era lo que havia.

Pa-

Para remediar tantos desordenes, era necesario un hombre de una virtud singular, de un valor invencible, de una dignidad eminente, que fuese capaz de atraer las almas al bien, por la dulzura de sus exortaciones, y de inclinarlos á él por la severidad de la censura, y por la fuerza del exemplo. Tal era San Carlos, á quien Dios havia elevado á los primeros puestos de su Reyno, para que su virtud tuviese mayor esplendor, y mas eficacia para la conversion de los pecadores, y para la reforma de los fieles. Consideróse como un obrero embiado del Padre de familias, para desmontar aquella tierra inculta: Creyó que Dios le havia puesto en ella, como al Profeta, para arrancar, para destruir, para disipar, para edificar, y para plantar; (a) y buscó en la raíz de los males, que veía, los remedios para curarlos.

Havia dado ocasion á estos desordenes la ausencia, y retiro de los Pastores; y así emprendió el repararlos por una exacta residencia. Las Iglesias estaban despreciadas, ó ignoradas; los Obispos de aquellos tiempos, ó hacian la corte á los Principes por ambicion, ó se la hacian hacer á sí mismos por orgullo. Gozaban de un infeliz reposo en medio de la abundancia, y de las riquezas, que acompañan á su dignidad; y dejando á sus rebaños errantes, y fugitivos, al arbitrio de sus deseos, hacian de el Obispado (contra todas las reglas de la Religion) un honor sin carga, y un ministerio sin trabajo. Los Pueblos no estaban, ni instruidos, ni consolados, y yá hacia mas de quarenta años, que Milán no havia visto á ninguno de sus Arzobispos. Dejemos sus cenizas en paz, y no ultrajemos su memoria. Pero por virtuosos que fuesen por otra parte, ¿de quantos pecados serian complices?

Quiere San Carlos reparar la disciplina por su vigilancia,

(a) Jerem. I. v. 10.

cia. Pero ¡ay de mi! ¿Le faltarian pretextos especiosos, y aun razonables para dispensarse de ello? ¿La costumbre no huviera por sí justificado su ausencia? ¿Su credito, y reputacion para con la Santa Silla, no parecia, no solamente util, sino tambien necesaria para el bien de toda la Iglesia universal? ¿El desorden de la disciplina de su Diocesis no le huviera subministrado bastantes negocios, que solicitar en la Corte de Roma? ¿No se necesitaba tambien en ella del exemplo de su piedad, y de su modestia en el tiempo de correccion, y de reforma? ¿El Papa no le havia suplicado infinitas veces, que le descargase de una parte del peso de los negocios, y que le ayudase à llevar la carga del Mundo Christiano? No obstante, nada le detiene, no aguarda à que un importuno remordimiento despierte, en fin, su conciencia, ó que bajando un precepto expreso del Principe à favor de la Ley de Dios, le embie contra su voluntad à su Diocesis. No, no, Señores, él sabe muy bien la indispensable obligacion de vivir en el empleo, en que la Providencia de Dios le ha colocado; sabe, que el Obispado es un oficio de solicitud, y de trabajo; sabe, que un extraño no tendrá, ni su ternura, ni sus entrañas; y que (segun San Pablo) se pueden tener muchos Maestros en Jesu-Christo, pero no muchos Padres: Y en fin, sabe la impresion, que hace sobre sus ovejas la voz del bueno, y verdadero pastor, y los frutos, que produce la palabra de Dios, quando él mismo la pone en la boca de sus Ministros Evangelicos.

Luego que la plenitud de los tiempos se cumplió, y que llegó el orden señalado en los Decretos eternos, para obrar la salvacion de los hombres, Jesu Christo; (a) bajando del seno de su Padre, donde habitaba en sus laces eternas, vino al Mundo, para conversar con los pecadores, à quienes queria salvar, y con los enfermos

(a) Galat. 4. v. 4. & 5.

à quienes queria curar. Carlos, à exemplo suyo, baja del Trono de su Tio (que repartia con él, no solamente los cuidados, sino tambien los honores del Pontificado) y deja, digamoslo asi, el seno de su gloria por venir à instruir, y convertir las almas, que Dios ha puesto à su direccion, y gobierno. No se contenta con embiar Obreros, vá él allà por sí mismo, à recorrer aquellos Lugares incultos, y Desiertos salvajes. ¿Qué Parroquia havia, que no huviese visitado, instruido, arreglado, y socorrido? ¿Qué peñasco tan inaccesible, adonde él no huviese subido con el sudor de su frente, y de su rostro, para llevar la semilla del Evangelio? ¿Qué valle tan profundo, adonde él no haya bajado por entre las nieves, por los torrentes, y por los precipicios, mortificado por sus ayunos, fatigado por sus predicaciones, sostenido por su caridad, y por su zelo?

Alli fue, donde abrasado del amor de Dios, armado de la espada de su palabra, hizo retirar los errores, y las profanas novedades, que iban à introducirse en su provincia. Representaos, Señores, à aquel Angel encargado de la guarda, y custodia del Parayso Terrenal, tal como nos lo describe el Espiritu de Dios, en el Libro del Genesis, con una espada de fuego, que se vibraba, y bolvía à una, y à otra parte, (a) para impedir à la culpable raza, y descendencia el entrar en aquel lugar de pureza, y de inocencia, donde el hombre havia hallado su felicidad, y donde Dios mismo tenia sus delicias. Pues de este modo apareció San Carlos sobre los confines, y límites de su Diocesis. La heregia, despues de haver asolado la Francia, y la Alemania, se esfuerza para entrar por una, y otra parte de los Alpes. No pueden aquellas

(a) *Flammeum gladium, atque versatilem.* Genes. 3. v. 24. Tom. 2. Y